

**PACTO CON
LA MUERTE**

Ad Infinitum II

Sofía Bertelsen



© El Hijo del Sol
Colección: Ad Infinitum
Primera edición, Mayo 2021
© Sofía Bertelsen 2020

Edición General: Martín Muñoz Kaiser
Portada: Felipe Montecinos
Corrección de textos: Jockán Zafira
Diagramación: Martín Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones Ltda.
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.
www.aureaediciones.cl
Sello: Soyuz



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: 2020-A-3137
ISBN: 978-956-6021-60-5

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el editor, de lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

Para Nonó y Alberto

*THE SUN IS THE SAME IN A RELATIVE WAY BUT YOU'RE OLDER.
SHORTER OF BREATH AND ONE DAY CLOSER TO DEATH*
TIME - PINK FLOYD

*PREFIERO UNA LIBERTAD PELIGROSA A UNA SERVIDUMBRE
TRANQUILA*
MARIA ZAMBRANO

Prólogo

Otro Presente

Se despertó en la mitad de la noche, con el cuerpo perlado del sudor propio de las pesadillas y la respiración alterada. Qué horrible había sido. Al menos había llegado a una cama; Jake no sabía cómo, pero era bastante cómoda. Más cómoda que otros lechos en los que había dormido. Estaba cubierto de sábanas suaves como la seda y frazadas acogedoras y cálidas, algo que su pálida piel jamás había experimentado.

“Pero no es tu cama”

El chico corrió las sábanas para encontrarse cara a cara con el gélido aire de la habitación, y sus pies sufrieron bastante cuando se posaron en el suelo helado de madera. Carajo, todo aquello era un témpano, y eso que no iba desnudo. Jake bajó la vista y se encontró con un atuendo que no conocía, un ridículo pijama de pantalones cortos amarillos y una camiseta de algodón a juego. ¿Por qué había sido devuelto con la ropa puesta? Fuera cual fuera tu atuendo, era imposible que sobreviviera a todos aquellas alteraciones en la propia materia.

Esos ropajes no le pertenecían, y tampoco los pies rosáceos y rechonchos que se estaban congelando sobre el suelo. Se palpó el vientre por debajo del pijama sintiendo por primera vez lo que era tener carne de sobra, y oteó la habitación. Había otra cama a medio hacer a unos metros de la suya, ambas adornadas con un cubrecama de cuadritos y con su respectiva mesita de velador. Todavía era de noche, pero la luna brillaba como nunca y las cortinas se mecían al viento invernal, dejando pasar

la luz de la noche exterior. Jake era consciente de que ni en Atacama ni en los dos universos que había visitado existían aquellos objetos, pero al mismo tiempo le eran demasiado familiares, al igual que las lámparas del techo, los juguetes esparcidos en el piso, el hecho de que estaba levantándose con el fin de ir al baño y la razón de por qué la cama de al lado estaba a medio hacer.

“Nada es tuyo”

Jake se apresuró al baño porque luego de tener pesadillas la vejiga se le llenaba y era común que mojara las sábanas. Encendió la luz, se miró en el espejo del cuarto y su corazón se detuvo al ver que en lugar del adolescente pálido del cabello como el fuego que se había creído hasta entonces, un niño de piel rosácea y pelo negro observaba su triste rostro a través de ojos celestes como el mar. Su cara estaba atiborrada de pecas y sus labios eran un poco más oscuros que los de su rostro anterior.

“Es que no es tu rostro, ¿no lo entiendes? Este no eres tú”

Entonces Jake Pyro hizo lo que había venido a hacer al baño en un principio y regresó lo más rápido que pudo a esconderse bajo las sábanas, porque ayer había leído un artículo sobre un chico al que se le habían congelado los pies por pasar demasiado tiempo expuesto al frío y tuvieron que apuntarle los dedos. Tenía mucho miedo de que pudiera sucederle lo mismo. Jake se percató de que ahora tenía los dos brazos intactos, aunque tenía la corazonada de que aquellas no eran sus extremidades, aquel no era su cuerpo y, definitivamente, aquella no era ni había sido su vida.

Entonces, ¿qué hacía ahí?

Al día siguiente, se despertó con el sol de la mañana y se calzó las pantuflas antes de bajar a la cocina. La cama del lado seguía a medio hacer, y Jake lanzó un suspiro. Pero bajó rápido, porque de lo contrario se enfrentaría a La Correa, y no le gustaba para nada la correa, aun

cuando Padre decía que aquello lo haría aprender y ser más duro.

—Buenos días, Darko.

Jake se preguntó quién carajo sería Darko, pero al parecer ahora se llamaba así. En la cocina reinaba un silencio sepulcral, aunque prácticamente toda la familia estaba ya tomando el desayuno. Perdón, *casi* toda la familia. Ahí estaban Madre, Padre, su hermano Cronos, sus hermanas Simone y Judith. Solamente faltaba Darko...

Y Albert.

La razón por la que todos estaban en silencio era precisamente aquella; Albert no se había aparecido para tomar el desayuno con ellos, y probablemente no volvería a hacerlo jamás. Albert era el hermano que lo antecedería en edad y desde siempre habían sido compañeros de aventuras, de secretos y de travesuras. Pero hace unos meses, empezó a actuar raro; se volvió retraído, irritable, dejó de bromear a la hora de la comida y cuando abría la boca era para hablar de una cosa y sólo de una cosa:

Los Vigilantes.

Albert había comenzado a obsesionarse con la idea de que la casa de los Schrödinger estaba siendo observada por unos seres a los que llamaba Los Vigilantes. En un principio, todos se lo habían tomado como un chiste, pero ya luego de dos semanas en que seguía insistiendo con el asunto, Padre los llevó a todos afuera para que inspeccionaran el jardín, solamente con el propósito de no hallar nada y que el chico terminara de hablar disparates. Albert atribuyó el hecho de que no encontraron nada a la habilidad superior que tenían Los Vigilantes de pasar desapercibidos. Entonces, Padre había intentado hacerlo entrar en razón con La Correa.

No había funcionado.

Darko Schrödinger sentía mucha curiosidad por saber de dónde habría sacado Albert el asuntillo de Los Vigilantes, así que le preguntó.

—A veces los veo —había susurrado el chico una noche en la que ambos hermanos se quedaron hablando con la luz apagada—. Se parecen a nosotros; de hecho hay uno por cada miembro de la familia. Llevan un montón de tiempo observándonos y van a venir a buscarnos, estoy seguro...

—¿Por qué no puedo verlos yo? —se había quejado Darko.

—Es que quizás no prestas suficiente atención a lo que te rodea —sentenció Albert.

Darko sabía que aquello no era cierto; él era el muchacho más curioso y observador del mundo. A sus 8 años, se había devorado todos los libros de la biblioteca de niños y gran parte de la biblioteca de adultos, aunque esto último no lo sabían ni Madre ni Padre. Pero quizás Albert tenía razón; Darko había salido al patio y se había sentado en el pasto durante toda la tarde a observar los muros de la casa, pero no alcanzó a ver nada. Entonces Padre lo había pillado y le había preguntado qué hacía y cuando Darko se lo contó, Albert y él fueron castigados con La Correa.

Darko odiaba La Correa.

Ya habían transcurrido dos semanas desde que Albert desapareciera, y a pesar de todos los intentos de la policía local por buscarlo, no había ninguna huella, rastro de sangre o cuerpo que indicara que al chico le hubiese pasado algo. Por esta razón era que Darko suponía que su hermano había escapado para evitar ser abducido por Los Vigilantes, pero no iba a decírselo a Padre porque seguramente lo castigaría. Iba a dejarlos para que siguieran haciendo inútiles esfuerzos por hallar a Albert, pero sabía que aquello no sucedería porque su hermano

era la persona más lista del mundo y si su propósito era no ser encontrado, así sería.

“La otra opción es que realmente se lo hubiesen llevado los vigilantes”, pensó Darko desde la mente de Jake mientras devoraba su arroz con leche. “Porque de haber querido escapar, Albert me habría contado para que escapáramos juntos”. Jake Pyro llegó a la conclusión de que aquellos no eran sus pensamientos, y que por alguna razón se hallaba como espectador en la vida de otro chico. Se preguntó si su aparición en aquel universo habría salido mal, y si estaría condenado para siempre a vivir la vida de ese tal Darko Schrödinger.

—Ha llamado el inspector Abraham Lawrence —anunció Padre rompiendo el gélido silencio que dominaba aquel desayuno—. Lo mismo de siempre: los muy inútiles no han encontrado nada.

¿El inspector Abraham Lawrence?! ¡Quizás fuera algún pariente de Taylor y por tanto también de Claennis! Pero cuando quiso tomar el control y preguntar alguna cosa sobre el inspector, no sucedió nada.

“Aún no lo comprendes... No puedes actuar sobre un momento que ya ha ocurrido.”

Darko llevó su mente a otro sitio para no tener que escuchar la odiosa conversación. Era bastante bueno para abstraerse, sobre todo pensando en artículos científicos que había leído.

La ciencia lo salvaba de su horrible familia y de su horrible padre. La ciencia lo hacía feliz, y nadie podía quitarle eso. También le demostraba verdades; quizás si lograba avistar a Los Vigilantes a través del método científico, podría probar su existencia y de alguna forma exigirles que le devolvieran a su hermano. “Primero tengo que observar”, se dijo.

Apenas se dio por terminado el desayuno y sus padres salieron a caminar, Darko llevó la silla al patio y una vez más, se sentó a observar. Cada dos horas, movía la silla

de lugar para no perder ningún punto de la casa; Los Vigilantes podían estar en cualquier parte.

Y así lo hizo, día tras día. Jake Pyro admiraba la perseverancia de aquel niño, pero si iba a pasar toda su jodida vida atrapado en la mente de un mocoso que lo único que hacía era sentarse a mirar el jardín de su casa, hubiese preferido haber muerto en Barcelona.

Pero no sabía lo equivocado que estaba.

En el treintavo día de observación, Darko decidió que cambiaría su lugar de investigación y se dispuso a trepar el árbol grande del patio. He ahí una de las pocas ventajas de tener 8 años: cualquier rama soportaba su peso, aunque fuera gordo para su edad. De seguro ni Judith ni Simone podían decir lo mismo, y menos aún Cronos. Quizás ese fue también el problema de Albert: no vigiló el jardín desde el lugar adecuado.

El árbol grande del patio le daba a Darko una perspectiva única. No había ningún centímetro del jardín que se escapara a sus atentos ojos celestes, ni a su deseo de salvar a Albert. Así que observó desde la copa del árbol durante una semana, hasta que al séptimo día, sucedió lo que tenía que pasar.

Tras dos horas de mirar atentamente el patio, Darko sintió que el estómago reclamaba por atención, así que le dio unos buenos mordiscos a la barra de chocolate que se había llevado para no sufrir de hambre encima del árbol. Cerró los ojos tal como había visto hacer a Cronos cuando degustaba algo delicioso, y saboreó. Entonces volvió a abrirlos y...

Vio al niño.

Disciplinadamente sentado en la sillita de madera, un Vigilante exactamente igual a Darko paseaba la vista por el patio, buscando algo. Tenía la misma apariencia salvo que en lugar de la camiseta de algodón con rayas azules que llevaba Darko, el Vigilante llevaba un sweater gris cuyo centro tenía una enorme D tejida en rojo. Darko

Schrödinger tenía la sólida certeza de que aquel niño no estaba ahí hace unos minutos, y sus manos comenzaron a temblar de manera nerviosa. “Pero el Vigilante no sabe que está siendo vigilado.” Pensó, intentando consolarse. “Esta vez no se va a salir con la suya.”

Entonces sus miradas se encontraron.

Darko sintió la ira apoderarse de su infantil cuerpo al ver al chico que había raptado a su hermano, pero antes de que alcanzara a bajar del árbol y atraparlo, El Vigilante bramó:

—¡Te he visto, idiota! ¡Sal de mi jardín!

—¡Este es el patio de MI casa! —respondió Darko, soltando lágrimas de rabia—. ¡Y ustedes se robaron a MI hermano! ¡Devuélvelo, pelmazo, o te mataré!

El Vigilante se puso pálido. ¿Por qué se asustaba si es que era él quien debía tener miedo? Al ver que el otro Darko no se movía, se dispuso a bajar del árbol y perseguirlo hasta que le devolvieran a Albert sano y salvo, pero al escuchar la voz de su madre llamándolo desde el interior de la casa, fue él quien se paralizó.

Entonces El Vigilante tomó la silla y luego de lanzarle una sonrisa triunfal a Darko, se metió dentro de la casa para acudir al llamado de su madre.

Parte 1

Espirales en el Cielo

1

Aullidos de Lobo

A la mañana siguiente de la desaparición de Jake, todos los habitantes de Atacama se levantaron de golpe de sus camas al escuchar un sonido pedregoso y envejecido que conocían muy bien. Hace bastante tiempo que La Voz no emitía comunicados. Lo único que se escuchaba de Ella, eran amenazas y exigencias respecto a la labor de cavar. Había aumentado ya dos veces la cuota total de tierra removida por sector en aquel mes, pero incluso aquella noticia era preferible a un comunicado. Los comunicados de La Voz tendían a ser sobre asuntos muy desagradables y catastróficos, y eran reconocibles porque el sonido era más intenso y fuerte. Se dice que podrías llenarte los oídos de estiércol de coyote y aun así estarías condenado a escuchar perfectamente cada palabra de La Voz.

—Mierda —murmuró Taylor Lawrence cuando se despertó de manera tan brusca que derramó el contenedor con el agua que había estado ahorrando desde hace semanas, como reserva para la Estación Seca, pronta a venir. Y cuando cayó en cuenta de qué era lo que la había despertado, agregó—: Mierda, mierda, mierda.

Salió hacia afuera de su choza, al igual que todos los habitantes de Atacama, en ese preciso momento. Al instante, vio que Lili venía corriendo hacia ella con los ojos llorosos y desorbitados para envolverla en un abrazo desesperado. Ahora Taylor sí que estaba asustada.

—Yo... yo... lo siento —jadeó Lili—. He soñado esto. Estoy casi segura que este comunicado está relacionado con nosotros, o pronto lo estará. Contigo, conmigo, Matías y Jake. ¡Estamos jodidos!

Taylor posó su mano sobre el hombro de la niña y le hizo un gesto para que la dejara escuchar el comunicado. De un momento a otro, el sonido pedregoso se detuvo y fue reemplazado por uno más estremecedor. Un sonido grave, profundo, tan atronador e imponente como para asustar hasta al lobo más sanguinario del pueblo.

—¡Imbéciles! ¡Asquerosos holgazanes no dignos siquiera de alimentar con sus cadáveres a los mosquitos! He sido totalmente indulgente con ustedes, los he dejado vivir a pesar de todas las atrocidades cometidas por sus padres... ¡Al menos ellos están muertos y no tienen que presenciar la escoria que han dejado en el mundo! He sido paciente, he sido misericordioso, pero los días de pereza se acabaron, cerdos asquerosos. No son capaces ni de llevar las riendas de su propio pueblo; esta pocilga está paralizada y cada vez están más lejos de la meta. Ciudadanos de Atacama, han de hacer algo para revertir esta situación. Como consecuencia de su infinita ineptitud e imbecilidad, se instaurará un Toque de Queda. Ya nadie podrá salir de sus cabañas después de la puesta de sol... Al menos hasta que logren poner el pueblo en marcha nuevamente. Me importa un carajo cómo lo hagan, pero háganlo, porque si no lo hacen... Quizás hará falta un recordatorio de lo que realmente soy capaz de hacer. ¿Tal vez sería bueno que uno de ustedes amaneciera cortado en pedacitos?

—Genial, ahora no podremos ni salir de fiesta —gruñó Lili, y fue nuevamente silenciada por Taylor.

—Más les vale hacer que este basural se ponga a cavar como se supone que debería hacerlo, imbéciles. Y nunca está de más recordarles que esto no se acabará hasta que terminen de pagar la Condena. Quitarán hasta el último trocito de tierra de los crímenes de sus padres, y no intenten salir. Quizás podría darles un pequeño incentivo; el 75% de su condena está

pagada. Pero eso no quiere decir que puedan hacer descansar sus inmundos traseros, así que vayan a cavar. ¡A cavar, carajo!

Y así como había comenzado, el sonido se dispipó. Todos los vecinos se miraron atónitos, como solía pasar luego de que se acababan los comunicados. Solo que este en específico los había dejado especialmente desconcertados; si bien ya existía una regla que obligaba a apagar las velas a cierta hora de la noche, eso no impedía que los paleadores salieran a divertirse de vez en cuando. Además, el hecho de realizar eventos sociales a oscuras, facilitaba que los chicos y chicas pudieran satisfacer sus instintos.

Comenzaron a escucharse un montón de quejas en todos los Sectores respecto a la nueva regla, los cuales se dispararon cuando recordaron que debían ir a cavar.

Solamente un puñado de habitantes del pueblo se quedó reflexionando un poco más de lo que se considera educado. El hecho de no poder salir de las chozas después de la puesta de sol era trágico para cualquier persona promedio y la noticia en sí era tan devastadora para todos, que nadie más habló en todo el día. Pero aquella no había sido la única información que había sido revelada.

Martín Phoenix caminaba pensativo por el sendero que conectaba el Sector 1 con la Villa. Hacía bastante tiempo que estaba eximido de la labor de cavar, pero solía ir ahí cuando necesitaba pensar con mayor claridad. “Claro, esto fue muy inteligente de parte de La Voz — pensó—. Soltar una bomba y luego liberar una mariposa venenosa, entonces todos pondrían atención a la bomba, cuando en realidad la mariposa era la más peligrosa. Tiene sentido”

Porque, en efecto, con $\frac{3}{4}$ de la condena pagada, sólo era cuestión de tiempo para terminar de cumplirla. Y cuando ya no hubiera nada más que hacer, cuando no fuese necesario seguir removiendo tierra, ¿A dónde irían?

Martín Phoenix era el habitante más viejo de Atacama, y sin embargo, no recordaba un momento en el que no hubiese vivido en aquel pueblo inhóspito. Su mente divagó hasta su recuerdo más antiguo, de cuando tenía 13 años y miraba a su difunto hermano Gianluca dibujar los planos de lo que hoy era el Centro de Urgencias.

El Centro era el orgullo de su vida en Atacama, y era increíble la cantidad de avances médicos que se habían logrado desde entonces. Irónico que el pobre hubiese tenido que morir de influenza justo unos días antes de su inauguración. Si, era una verdadera lástima que el bueno de su hermano no hubiese podido ver su obra completada. Pero, cuando todo acabe, ¿qué quedará de eso? Phoenix se miró las manos, callosas y gruesas por la cantidad de años de su vida que había gastado cavando, y se preguntó qué haría cuando todo acabe.

—Si es que estamos vivos para ese entonces — murmuró para sí, y se adentró en el terreno agujereado del sector 1.

* * *

Y así, tal como era de esperarse, cayó la noche y todos se fueron muy compungidos a sus casas.

—¿Taylor, crees que pueda trasladarme a tu choza? — preguntó Lili.

Taylor Lawrence, quien estaba muy cansada aquel día, intentó mantener una expresión neutral. Vale, estaba bien que la mocosa hubiese cambiado su actitud petulante, pero ella sabía que se debía a que Jake no estaba, por lo que necesitaba que alguien la mantuviera. Se reprochó a sí misma diecinueve veces el haberse ofrecido para ser la nueva familia de Lili. ¿Por qué se lo había tomado tan literal? Taylor lo había dicho en un sentido simbólico, en plan “cuenta conmigo para lo que necesites”, no “ven, vivamos juntas.”

Lo bueno es que Matías también se había comprometido a ayudarla; pero el chico tenía la suerte

de que Lili preferiría ser enterrada viva antes de irse a vivir con él, y Taylor no la culpaba. Matías le caía bien, pero jamás de los jamases consideraría la opción de vivir en la misma choza que él, no señor.

—Vamos, Taylor. ¡Será como un pijama party eterno! —dijo Lili, entusiasmada.

Taylor no pudo evitar fruncir el ceño.

—Bueno —la hermana pequeña de Jake se puso seria—. Te contaré. Tengo miedo de vivir sola; desde que fui atacada por el Lobo, tengo pesadillas todas las noches.

Para aquel tramo de la conversación ya habían alcanzado la choza de la chica, coincidiendo con que el último rayo de sol se despedía desde el horizonte. Eso quería decir que según las órdenes de la Voz ya no se podía estar afuera, así que Taylor hizo pasar a Lili a su morada. La colcha en la que dormía todavía estaba mojada por el contenedor de agua que había derramado en la mañana. Sí, el agua que había estado ahorrando durante semanas. La verdad es que hervía de rabia, pero en esos tiempos culparse y criticarse a sí misma no iba a servirle de nada. Taylor, más que nadie, debía mantenerse fuerte.

—Oh, ¿esa era tu reserva de agua? —preguntó Lili.

—Sí. —suspiró Taylor—. Esta mañana me desperté tan bruscamente que le pegué un manotazo sin querer al contenedor y se derramó toda. Pero, en fin, supongo que tendré que comenzar de cero.

—¡No hay por qué! —sonrió Lili—. Jake y yo teníamos casi 12 litros guardados. Cuando me traslade aquí, lo mío será tuyo y viceversa. Solamente... déjame vivir aquí. Te lo ruego.

—Pero Lili, ¿qué es eso tan terrible que has estado soñando?

Lili Pyro permaneció en silencio, con la mirada perdida en el miserable agujero que servía de ventana para la choza de Taylor. A esta última le parecía que la hermana pequeña de Jake había madurado al menos 5

años desde que la había atacado el lobo, pero aun así todavía no le producía mucha confianza.

—Sueño con el cielo cayéndose —comenzó Lili—. Poco a poco la realidad fragmentada, y todos corremos de un lado a otro sin saber qué es lo que va a pasar. Veo a Jake flotando en silencio a través de un vacío luminoso, a Vulcano luchando contra bestias horribles, bestias que jamás hemos visto ni en libros.

—¿Y qué más? —preguntó Taylor, interesada.

—También he soñado contigo —continuó Lili—. Eras imponente, radiante. Lograbas mantener el orden aquí por un tiempo, pero... luego el sueño se llenaba de lobos y otros animales, todos ellos con los ojos en blanco. Y por último, un símbolo grabado en mi mente. Un símbolo que de sólo mirarlo, todo tu ser se estremece y altera.

—¿Puedes dibujar el símbolo? —dijo Taylor.

—Claro... puedo hacerlo.

Taylor removió todas sus pertenencias, apiladas a la rápida dentro del único baúl que tenía su mísera vivienda. Lo único que encontró fue uno de los libros de Justo Del Valle, llamado "**Fundamentos jurídicos de Atacama**". Taylor lo había tomado prestado la última vez que había ido a la choza del desaparecido juez, con la esperanza de que en aquel libro se encontraran algunas de las leyes de Atacama. Pero todavía le faltaba mucha práctica como para poder leer más que la primera página sin cansarse.

—Mira, no tengo papel, pero tengo un libro. Puedes garabatear el símbolo en la página en blanco del final.

—Vale —dijo Lili, y recibió el libro, junto con un bolígrafo que le tendió Taylor.

Y se puso a dibujar. No tardó mucho tiempo, pues no había manera de olvidar aquel espantoso símbolo. ¿Qué significaría?

—Es realmente espantoso —musitó Taylor—. No, no tu dibujo. El símbolo en sí. Es como si el ojo del medio estuviera observándome.

—Sí, es verdad, es muy feo —respondió Lili.

Y no pudo terminar de hablar, porque fue interrumpida por un aullido. A la chica no le asustaban en absoluto los aullidos, pues resonaban todas las noches a lo lejos. La creencia popular decía que se trataba de los lobos salvajes que rodeaban el pueblo, pero nunca se habían adentrado en él. Incluso llegaban a ser agradables con el tiempo, como una especie de música de fondo para el descanso.

Pero había algo que no cuadraba. ¿Por qué carajo se escuchaban tan fuerte? Parecía como si después del comunicado de la voz, alguien hubiese subido el volumen del mundo.

Y entonces, se escuchó el desagradable sonido del metal estrellándose contra el piso. Lili y Taylor se miraron con los ojos abiertos de par en par. Sabían lo que estaba pensando la otra, y a ninguna de las dos le parecía buena idea.

—Ni se te llegue a pasar por la cabeza —empezó Taylor—. Si es lo que estoy pensando...

—¡Taylor! —interrumpió Lili—. Si los lobos entraron a Atacama, quizás podamos encontrar al que me atacó y exigirle explicaciones. ¡Y el pueblo dejará de verme como una loca! ¡Quizás incluso pueda pedirle que me quite las pesadillas!

—No comprendo cómo un lobo podría hacer que dejaras de tener pesadillas.

Lili le lanzó una mirada que no se asemejaba precisamente a la que tenía hace un rato, de “Ay, sí, seremos las mejores compañeras de choza” y salió por la puerta.

Taylor Lawrence no sabía qué hacer. Desafiar las órdenes de La Voz y arrojarle a los lobos (literalmente) era una de las estupideces más grandes que la chica

hubiese escuchado en su vida, y eso que tan solo el día anterior había presenciado a un chico saltar dentro de un agujero con la esperanza de escapar de un pueblo sin salida. Por otro lado, la mocosa insoportable que acababa de atravesar la puerta era la hermana de uno de sus mejores amigos. Si Jake estaba vivo y encontraba la manera de regresar al pueblo, Taylor Lawrence no quería tener que hacerse responsable de la muerte de quien Jake más quería en la tierra.

Así que Taylor respiró hondo, contó hasta diez y se adentró junto con su pala a aquel mar negro de peligro que desde ese entonces representaría la noche. En todo el tiempo que podía recordar, la joven jamás se había aferrado con tanta fuerza al mango de su pala. Lo agarraba con tanta desesperación, que las manos se le resbalaban. Taylor temía que se le cayera al piso precisamente por eso, y que el ruido alertara a los lobos de su presencia.

¿Dónde estaría esa pendeja impulsiva? Taylor Lawrence avanzó con el corazón latiéndole a mil, por la rabia y el miedo, aunque la chica prefería creer que era más por la rabia. Una ira infinita hacia Lili Pyro, porque gracias a sus innumerables caprichos, las vidas de todos habían sido puestas en peligro. A veces habría deseado que la chica hubiese desaparecido junto a Raimundo Marxson, carajo. De repente, mientras doblaba por el recodo que formaban dos chozas de la villa del sector 52, se escuchó un susurro que paralizó a Taylor:

—*Carne.*

La voz no se asemejaba a la de ningún habitante de Atacama, ni siquiera parecía provenir de una garganta humana. Quizás era cierto que los lobos hablaban, y si eso era así, Lili no estaba tan desquiciada como todo el mundo pensaba. Pero eso no la hacía dejar de ser una niña imprudente, egoísta, insoportable, sin sentido del peligro...

—...inútil, descerebrada, inmadura, impulsiva, con menos empatía que un muerto, ¡La culpable de haber metido a Jake en problemas! ¡Carajo, si los lobos se la comen, lo tiene totalmente merecido!

En la oscuridad de la noche, Taylor no había caído en la cuenta de que una garganta hambrienta con los ojos inyectados en sangre la miraba de pie, justo en frente de donde ella estaba lanzando improperios contra la hermana menor de Jake Pyro. Tampoco se había percatado de que estaba gritando. Vaya, estaba muy enojada.

—*Carne... buena carne* —siseó el lobo, mientras miraba fijamente a Taylor.

La adrenalina fue rápida. Taylor Lawrence asió su pala con aún más fuerza, y dirigió todo el peso de la herramienta hacia la cabeza negra del lobo. El animal se desplomó al instante.

Ahora sí que estaba asustada. Echó a correr por miedo a que el ruido del golpe o el olor del lobo muerto atrajeran a las demás bestias. Dejó atrás la villa del Sector 52 y se dirigió a un sitio que ella en especial conocía muy bien: la choza de Justo Del Valle. Si no había escuchado los gritos de Lili, podía haber dos opciones. O la chica seguía viva y se dirigía hacia allá (Taylor así lo creía porque aquel había sido el último lugar en el que había sido visto un lobo con los ojos en blanco) o había sido atacada de improviso en algún lugar del pueblo. Descartó rápidamente esta posibilidad, porque estaba claro que alguien como Lili Pyro no moriría sin antes hacer un espantoso escándalo con gritos y clamores de auxilio.

Taylor podía ver las siluetas de los lobos ahora que se alejaba cada vez más de las chozas de su sector. Bastante curioso; los animales parecían estar más concentrados cerca de las viviendas que de los caminos que conectaban las villas y sectores.

Ya aminorando el paso, Taylor pasó junto al letrero que indicaba la entrada a la villa del Sector 1. A la chica

se le puso la piel de gallina cuando comenzó a escuchar los siseos; *Carne, carne. Busquen carne, fuera de casas*. Era como si los lobos estuvieran al tanto de los designios de La Voz; todos debían permanecer en sus casas, y ellos lo sabían. ¿Acaso los lobos trabajaban para Ella? ¿Qué más podía explicar el que de un día para otro los animales hubiesen decidido entrar al pueblo?

“No importa”, pensó Taylor. “Ya me estoy acercando a la choza del Juez. Cuando entre, los lobos no podrán atacarme, y si Lili está ahí también, le daré una buena bofetada.”

Y apenas el nombre “Lili” se materializó en su mente, resonaron los gritos que Taylor había estado esperando apenas salió de su choza hace ya no sabía cuantos minutos.

—¡Ayuda! ¡Auxilio! ¡Alguien sálveme!

Claro, las tres “A” de “soy una pendeja irresponsable que ignora cualquier advertencia y que cuando llega el peligro espero que alguien más se sacrifique por mí y me saque del problema”. Taylor corrió hacia el lugar del que provenía el sonido, no muy lejos de ahí.

Efectivamente, Lili Pyro había tomado la vía alternativa hacia el Sector 1, que en lugar de alcanzar la villa de manera directa, hacía una vuelta estúpida por los alrededores del Sector 13, 39 y 5. Taylor dejó escapar un suspiro indignado. Ya no se imaginaba hasta qué punto podía llegar la estupidez humana en aquel lugar.

—¡No se acerquen, animales! —Lili intentaba sonar amenazante, mientras blandía un patético pedrusco que a todas luces había encontrado a la entrada de la villa —¡Solamente quiero hablar con su líder!

Taylor estaba paralizada. Desde su ubicación, agazapada bajo la precaria ventanilla de una choza, divisó al menos 15 lobos rodeando a la chica. Bueno, Jake le caía bien, pero aceptémoslo, ni siquiera tenía la certeza de si seguía con vida. Y aunque así fuera, ¿qué probabilidades

tenía ella de derrotar a un grupo tan grande de lobos usando solamente una pala? Quizás era necesario que Lili Pyro se convirtiera en una historia aleccionadora para futuras niñas imprudentes de Atacama. Algo así como el mito de Olivia Ruiz, que parecía ya un cuento de hadas comparado con lo que iba a pasar a continuación.

De repente, algo encandiló a Taylor por un segundo.

—¿Quién eres y qué haces escondida bajo mi ventanal, chica? —dijo una voz grave.

Taylor se volteó a ver quién la había encandilado y se encontró cara a cara con un hombre ya maduro que aparentaba unos 24 años, quien portaba una vela en la mano y tenía la mirada irritada del que se ha despertado de golpe en la mitad de un buen sueño. Poseía el cabello castaño oscuro y piel morena, y la contextura ancha que caracteriza a los paleadores experimentados. Taylor sabía que aquel era el sector más antiguo de Atacama, y por tanto ahí estaban las chozas de los ciudadanos mayores del pueblo.

—¿Quién es usted? —susurró ella lo más bajo posible, para que no pudieran oírla los lobos.

—Me llamo Martín Phoenix, muchacha —respondió el hombre. —Y no he recibido respuesta a mi pregunta.

Ah, claro. Martín Phoenix, el ciudadano más viejo de Atacama. Taylor había oído sobre él varias veces, pero no había tenido el placer de conocerlo. Se comentaba que era un hombre de carácter tosco, y de un intelecto impresionante. A ella le agradaba bastante la gente inteligente, aunque a veces tenían la costumbre de mirar al resto como si fuesen retardados, como la antipática de la doctora del pueblo, María O'Connor.

—Soy Taylor Lawrence —dijo, con un hilillo de voz.

Taylor sabía que mientras ella mantenía esa "amistosa" conversación con Martín Phoenix, Lili Pyro estaba a punto de ser devorada por los lobos, si es que no se la habían comido ya. Volvió a prestar atención, y le alivió

escuchar que la mocosa seguía gritando palabras con A. “Ayuda, Auxilio, Alguien venga...”

—¿Y qué haces bajo mi ventana, Taylor Lawrence? —dijo Martín sin mucha expresividad—. ¿Te parece prudente desobedecer a la Voz de esa manera tan descarada?

—En absoluto. Pero para variar hay alguien a quien sí le ha importado un comino, y actualmente esa mocosa está rodeada por 15 lobos. —Se dio cuenta que la voz le temblaba, pero siguió hablando—. Mi intención era rescatarla, pero yo no puedo hacer nada contra 15 lobos.

—Debe ser una persona muy importante, si has decidido arriesgar tu vida de esa forma —murmuró Phoenix, quizás más para sí mismo que para Taylor—. ¿No te da vergüenza haberte puesto en esa clase de peligro y ni siquiera haber logrado tu objetivo?

—¿Y qué está haciendo usted? —Taylor sabía que debía respetar a los mayores, pero estaba perdiendo la paciencia—. ¿Le parece muy útil estar reprendiéndome desde el cálido confort de su choza por no estar haciendo nada, mientras usted no ha movido ni un dedo? ¿Usted cree que sea muy inteligente ir y arrojarme a los lobos sin más protección que una pala y mi locura!? Lo siento, Lili Pyro será muy importante para mi amigo Jake, pero tengo planes para mi vida. Y no incluyen sólo palas.

Taylor hubiera jurado que por un segundo, en los ojos de Martín Phoenix cruzó un destello de interés mezclado con desesperación. Pero el tipo ni se inmutó. Solamente estiró el brazo con el que tenía agarrada la vela, y dijo con un tono muy pausado:

—Hasta los lobos le temen al fuego.

Y Taylor, estupefacta, vio como el extremo de su pala comenzaba a arder. Era el fuego más brillante que había visto en su vida. Le lanzó una mirada descompuesta a Martín Phoenix.

—¿Por qué ha hecho eso?!

Pero el hombre solamente hizo un ademán con la cabeza hacia donde estaba Lili Pyro, todavía montando escándalo, mientras los lobos se acercaban cada vez más a ella. En seguida, Taylor supo qué hacer. Corrió como nunca antes lo había hecho mientras levantaba su pala en llamas, y cuando llegó a donde estaban los lobos y Lili, comenzó a golpear el aire en todas direcciones.

—¡Fuera, bestias inmundas! —vociferó la chica.
—¡Retrocedan!

Los lobos se quedaron quietos y comenzaron a gimotear. Un par incluso salió corriendo y se perdió en la lejanía. Lili miraba admirada a la chica que hace tan solo unos meses consideraba una payasa que dejaba ver su teta por no saber ponerse la polera. Por un pequeño momento, observó detenidamente la expresión amenazante de Taylor sobre el reflejo de las llamas, y le pareció como si estuviera ante una verdadera diosa del fuego.

Pero no todos los lobos eran igual de cobardes; uno de ellos, el más grande, saltó sobre las otras bestias y se abalanzó sobre Taylor. Ella no lo pensó dos veces; alzó la pala y golpeó con la parte en llamas el vientre del lobo. El pelaje del animal ardía, mientras aullaba de manera desgarradora. Era un espectáculo macabro.

No muy lejos de ahí, Martín Phoenix miraba la escena desde el umbral de su puerta. No podía creer lo que estaba viendo; jamás había visto a nadie en todo el pueblo arriesgar su vida de esa forma por otra persona. No había ciudadano en Atacama así de valiente. Y le sorprendía aún más que precisamente aquel héroe fuera una mujer.

Martín Phoenix estaba decepcionado de la mayor parte de la humanidad, y más aún de las mujeres, que solamente se pavoneaban por los caminos cotilleando acerca de las demás personas, y no hacían más que esperar a que cayera la noche para perderse por ahí con algún mastodonte sin cerebro a hacer quién sabe qué.

Él jamás se había enamorado de nadie, porque no había encontrado ninguna fémina en aquel pueblo infernal que tuviera más de dos neuronas, (a excepción de las que estaban en la Hermandad, pero con ellas solamente mantenía una relación profesional) pero esa Taylor Lawrence parecía distinta, interesante.

Y estaba ahí, luchando sola contra una enorme jauría de lobos, para salvar a otra niña con la cual Martín aún no sabía qué relación tenía. Phoenix se sintió culpable por no estar haciendo nada más que mirar, así que salió de su choza y empezó a golpear todas las puertas de sus vecinos.

—¡Eh, ustedes! ¡Salgan de sus casas! ...¡Tú, levántate y toma tu pala, sígueme!...¡Despierten a los demás!

Y en menos de lo que canta un gallo, tres cuartas partes de los habitantes del sector 1 estaban despiertos, corriendo hacia donde se estaba desatando la pelea.

Taylor no era consciente de que todo el Sector 1 estaba mirándola como si fuera una especie de ángel salvador. Estaba cansada como jamás lo había estado en su vida, y aún quedaban al menos 8 lobos intentando atacar a Lili. Si tan solo la mocosa hiciera algo para ayudar, en lugar de quedarse mirándola embobada en el mismo lugar en el que llevaba ya casi media hora, la vida sería mucho más fácil.

—*No miedo. Carne* —amenazaron los lobos—. *Carne, carne.*

—¡Eh, mantente luchando! —El hombre de la ventana venía corriendo hacia donde se encontraba Taylor, y se veía decidido—. ¡Vamos a ayudarte!

Al menos 5 ciudadanos del sector 1, hombres maduros y de aspecto fuerte, se sumaron a la fogosa pelea que Taylor mantenía con los Lobos. En tan solo unos minutos, lograron derrotar a al menos tres de los lobos, mientras que el resto había salido huyendo durante la

pelea. Apenas Taylor Lawrence atestó el último golpe, se desplomó en el piso, exhausta.

—Cuidado, te tengo. —Martín recogió a Taylor del piso, tratándola con mucha delicadeza—. ¿Alguien me ayuda a cargarla?

Una mujer de casi 21 años se acercó rápidamente y entre ambos cargaron a Taylor hacia el Centro De Urgencias, con una escolta tan grande que ningún lobo se atrevió a atacarlos, aunque todavía quedara bastante tiempo para el amanecer.

—Sus signos vitales están relativamente bien. — fueron las palabras que pronunció María O'Connor apenas dejaron a la chica inconsciente sobre una de las colchas del Centro—. Pero su pulso sigue muy acelerado, y está bastante deshidratada. ¡Javier, aparécete!

Todos suspiraron aliviados. Lili Pyro todavía miraba a Taylor como si fuera una divinidad, y no pudieron convencerla bajo ningún motivo de que regresara a su casa. Martín Phoenix tampoco tenía dentro de sus planes el marcharse a otro lado, y María no pretendía contradecir los deseos del ciudadano más viejo de Atacama, y Líder de la Hermandad del Lobo. El resto del tumulto se disipó, con intención de aprovechar las pocas horas de sueño que quedaban, aunque a nadie le fue posible dormir mucho más después de todo lo ocurrido.

Mientras María y Javier corrían de un lado a otro para atender a Taylor, Martín Phoenix se quedó reflexionando sobre todo aquello. Todos esos acontecimientos de seguro tenían algún significado; toda la historia del aprendiz de María junto con el comunicado de La Voz, el ingreso de los lobos al pueblo... debía haber una razón. Y esa razón claramente incluía a la misteriosa chica que se había adentrado a luchar con las bestias y que ahora yacía inconsciente frente a él. Phoenix miró detenidamente su rostro herido, y se preguntó cuántos años tendría esa guerrera.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Phoenix, de veras preocupado.

—Claro, solamente está fatigada. —María O'Connor miró al jefe de la Hermandad con un poco de picardía—. ¿A qué se debe tanto interés? ¿Acaso te has enamorado, Martín?

—Oh, no, nada de eso —dijo Martín, desechando la idea con un gesto de mano—. Como el ciudadano más antiguo de este pueblo maldito, es mi deber velar por los menores.

María no pudo evitar sonreír, y desapareció con Taylor en la destartalada sala que tenían destinada a Pabellón. Lili Pyro, que permanecía sentada en un silencio obediente, miró a los ojos al tal Martín Phoenix, y preguntó:

—¿Usted quería ver mis dibujos, Martín Phoenix?

La Espiral Verde

Cuando despertó por segunda vez, Jake Pyro no se encontraba en una cama con sábanas de seda ni sobre la copa de un árbol; estaba tendido sobre madera fría, y sentía el movimiento bajo él. De vez en cuando daba pequeños saltitos junto con algunas cajas y contenedores que corrían la misma suerte, y al percatarse del constante zumbido que llenaba sus oídos, Jake supo que se encontraba en el interior de un camión.

Jamás había visto ni leído sobre camiones, y sin embargo, por alguna estrafalaria razón su mente se había apropiado del concepto como si fuera suyo desde siempre. Entonces, cual desbordante explosión de color y sensaciones, los recuerdos del sueño que había tenido al llegar a aquel universo afloraron en la mente de Jake Pyro e hicieron que sufriera un escalofrío. ¿Qué carajo había significado aquello? ¿Quién era Darko Schrödinger? Algo en su interior le susurraba que se trataba de algo de total importancia, pero la verdad es que Jake no tenía ni la menor idea de por qué.

Seguramente estaba a punto de averiguarlo.

El joven se llevó la mano derecha al hombro izquierdo, y para su sorpresa, la mano respondió. “Estoy en mi cuerpo”, pensó, y a pesar del enorme alivio que eso significaba, lo embargó un dejo de amargura. Se había regenerado en aquel universo sin su brazo, aunque la piel del muñón estaba totalmente curada, como si su brazo